GILLETTE:
BILLED AFTER DEATH

FERDINANDO FREGA



GILLETTE: FACTURADO DESPUÉS DE LA MUERTE

The Art of Attraction · 07

Morir nunca se había convertido en un problema. Para un hombre como yo, la única preocupación era la elección del lugar, y si me hubieran dado esa oportunidad, sin duda habría elegido el mejor: la cama de una mujer a la que no conociera.

A mi juicio, era con mucho el mejor punto de tránsito entre lo que somos y lo que seremos, siempre con la idea de llevar como dote la app del placer.

Ahahahahahah

Seis episodios de coma clínico lo habían intentado sin conseguirlo, con una esperanza de vida anunciada a grandes rasgos entre cuarenta y ocho horas y treinta días como mucho. Pero quienes hacían estas previsiones solían ser médicos —esos cuyas recetas paga la sanidad pública, y no solo ellos: también el que se va de vacaciones con su amante con honorarios escondidos dentro de recetas dirigidas para las farmacéuticas— y nunca, jamás, una previsión de verdad de un experto en meteorología.

Y cada vez, junto a la cama, yacía —puntual, y por lo que podía recordar siempre el mismo, mismo formato y color, mismos detalles, sin agujeros para el aire, como si lo hubieran hecho a medida— un ataúd con una etiqueta con el nombre: FERDINANDO FREGA.

Nadie sonreía, pero siempre se quedaba allí, esperando, mientras el consejo del infierno decidía si era más conveniente dejarme en la tierra, dando la lata a todo el mundo con gillettenarrative.com, o dejarme transitar a aquel lugar, sin teléfono y sin dinero, donde quizá crearía un nuevo ALFHABETDEVIL que sin duda habría desestabilizado también su formato actual.

Y cuando quedó claro que debía quedarme en la tierra, un día llegó incluso la factura de la funeraria, con esta descripción en el detalle y en las partidas de coste:

6 paradas del coche fúnebre;

Reserva del ataúd;

Modelo de doble casco, talla XXL;

Ocho portadores contratados durante treinta horas;

Mantenimiento y tiempo de espera con disponibilidad;

Impuestos e IVA.

Intereses y revalorización.

Total: 3.500 euros, pagaderos por transferencia bancaria en un plazo de 30 días desde la fecha de la factura.

Atrapado por el hechizo, fui a comprobar los datos del destinatario, convencido de que era un error, y en cambio encontré los míos, perfectamente correctos. No había duda: el muerto tenía que pagar por el vivo, y la reclamación era indiscutible.

Pero nadie sabía que soy alguien que no esperas. Ya fuera del hospital, en mi tiempo libre y durante la larga espera en casa, me ocupé de llamar a la funeraria haciéndome pasar por el hijo del difunto. Después de invertir algo de tiempo, una broma tras otra, y de ganarme la simpatía de la secretaria, la invité a cenar, y no tuvo ningún problema en aceptar. Al fin y al cabo, yo solo era el hijo del muerto.

Vería el asunto de primera mano y entendería qué pasa después, cuando a un hombre se le considera muerto por definición, pero podría contarlo vivo. Eso era lo que me fascinaba.

Fui a recogerla a su casa. Llevaba un perfume fuerte y dulce, de los que dicen tómame, soy tuya. Tenía unos cuarenta años, no estaba exactamente en la primera flor de la juventud.

Yo era bastante mayor, pero en mi familia la edad siempre había sido una opinión, no un dato de la partida de nacimiento, y además, uno no se mete en la cama con el documento de identidad: ese es para la iglesia, cuando te casas.

Después de la cena impugné la factura de la muerte: no los servicios en sí, que eran sagrados e indiscutibles, sino su calidad y su tipo, que no habían sido ni acordados ni propuestos: el pedido había salido de forma automática. La pobre sintió la dificultad del momento y no tuvo más remedio que ofrecerme un descuento. Pero ¿de cuánto?

No quería parecer agresivo —al fin y al cabo, yo era el presunto muerto—, así que dejé la parte económica para otro día, y ella estuvo de acuerdo.

Cuando llegó el momento de pagar la cena, como por arte de magia, me di cuenta de que no llevaba la cartera, pero ella fue tan amable y gentil que me dijo que se encargaría ella, sin problema. Todavía recuerdo la cantidad: 169 euros.

Al salir, la llevé de vuelta a casa y le pedí disculpas. Le expliqué que había perdido la cartera con todos mis documentos y que, por aquella noche, también el romance se quedaría entre los objetos perdidos.

Sonrió, pero no hizo ningún comentario. Asintió, como solo saben hacerlo las mujeres.

Alrededor de una hora después le escribí un mensaje diciéndole que la había encontrado, y luego las líneas que la dejaron helada:

¿Sabes?, soy el de la factura.

Te dije que estaba muerto.

El problema es que sigo vivo, y sigo costándole dinero a tu empresa.

Los 169 euros son la prueba.

Nunca te fíes de un hombre que no se muere.

Ferdinando